

CASTILLO DE GÁRGOLAS

*Dicen que los seres inmundos de los
Viejos Tiempos acechan en oscuros
rincones olvidados de la Tierra, y que
aún se abren las puertas que liberan,
ciertas noches a unas formas
prisioneras del Infierno*

ROBERT E. HOWARD

*El más magnífico de los templos yace
en ruinas por el suelo; ¿de qué nos
sirve el lamento de quien lo destruyó y
su confesión de que fue el más bello de
los templos?*

FRIEDRICH NIETZSCHE

*Y se convertirá en escombros, en
guarida de chacales, en objeto de
horror y de burla, sin habitante*

JEREMIAS 51:37

PROLOGO

Arturo Estrada ordenó a los pescadores que llevaran los extraños objetos hallados en el mar, hacia la entrada de su palacio. De seguro les iba a pagar una buena suma de dinero. El doble de la suma pensada si guardarían silencio sobre lo que descubrieron. Estrada era uno de los pocos multimillonarios que pagaban por objetos misteriosos y reliquias relacionadas con el ocultismo y el arte grotesco. Los pescadores del barco “Democrático” recibieron su paga, jurando no decir nada a sus superiores luego se fueron. Dejaron los seis pesadísimos objetos frente a las columnas que adornaban el gigantesco castillo de los Estrada. Un fenómeno arquitectónico, mezcla de gótico y barroco al que muchos llamaban castillo, palacio, fortaleza e incluso catedral; era precisamente en ese año

(1976) que los Estrada pasaban por su etapa de mayor bonanza; la empresa pesquera estaba aumentando su producción en un ochenta por ciento. Los amplios ventanales góticos rodeados por bordes de guirnaldas de mármol que terminaban en agujas en las cuatro esquinas del palacio, eran una muestra del ecléctico arte que había concebido Estrada en su convulsa mente; aquel castillo estaba situado en una escarpada colina cerca al mar. Era la edificación más colosal y peculiar de aquellos lados de la isla.

Desde el mar, frías corrientes de aire concentraban aún más el misterio de aquel lugar. La Luna reinaba desde la bóveda estrellada como una aparición fantasmal de otro plano; Arturo Estrada, vestido con un traje gris muy a la moda londinense, ajustó su sombrero, se llevó las manos a los bolsillos y con un ligero asentimiento ordeno a dos hombres viejos escondidos tras un gran árbol,

que llevaran los pesados objetos hacia el castillo. Estrada era originario de Asturias, pero se había afincado en aquel lejano islote venezolano para tener éxito con la pesca y comercialización de terrenos. Con los años se había vuelto un hombre exitoso, confiado de sí mismo, pero también avaro y excéntrico; con un enorme gusto por el ocultismo, exageradamente supersticioso. Su esposa, una violinista de Caracas, le había dado el privilegio de ser el padre de tres pequeños niños. Todos varones. Los Estrada- Valencia: una de las familias más ricas de aquellas regiones.

Aquel islote ofrecía la posibilidad de variación de clima. Se podía disfrutar de un clima templado en el día, con un sol radiante; se podía admirar el vasto cielo nocturno estrellado, con frías corrientes de aire a veces adornadas con neblina. Estrada aprovechaba las noches para estudiar sus extraños libros en latín que

había heredado de su abuelo. Pero ahora, con el reciente hallazgo de esa noche su objetivo final de contactar a “Ese algo” o “Aquello” sería una realidad. Y es que en el castillo, en la fortaleza donde vivían los Estrada, las sombras cabalgaban sobre nubes de misterio. Los tres hijos del magnate lo sabían, lo presentían cada vez en sus noches de pesadilla; allí sobrevolaban extraños fantasmas ancestrales, tal vez mensajeros que intentaban advertirles sobre las consecuencias, las fatales consecuencias de meterse en terreno peligroso. Ni en las noches de diversión paternal donde el excéntrico padre, les contaba historias de terror a sus hijos; ni el libro de cuentos de Edgar Allan Poe que les había comprado su madre. Nada de eso era comparado a lo sorprendente de la revelación de aquella noche. Puertas del infierno se abrirían.

La habitación de Arturo era amplia. Como el dormitorio de un *lord* inglés;

debido a su obsesión con los espejos, no era raro marearse con la imagen de uno mismo reflejada casi omnipresente en aquel recinto. Los sirvientes de Arturo: un hombre negro y el otro indio, sabían en sus propias creencias primitivas que aquellos pesados objetos eran tal vez juguetes del mismo Diablo. Que su jefe estaba loco o tal vez era brujo; salieron rápidamente dejando al anormal Arturo con los objetos aun envueltos en gruesa lona. Se desnudó rápidamente, buscó entre su armario donde estaban las copias de varias pinturas (muchas de ellas eran de su tatarabuelo), de allí desempolvo el libro de aquel historiador italiano que conoció su padre en sus viajes por Roma, un tal Bartolomeo Banucci. Allí estaba parte de la clave para hallar el otro libro. Pero ahora estaba desnudo, listo para ejecutar el sacrificio...

Sus ojos derramaban lágrimas. Un hilillo de saliva se deslizaba por su boca

cuando quitó la lona; aquellas eran manifestaciones de arte de un periodo arcaico, maldito encapsulado en los inicios del Renacimiento. Arturo Estrada se aferró a las cortinas purpuras que cubrían los amplios ventanales de su habitación. Junto a un raro busto de algún filósofo desconocido, el multimillonario estaba aterrado. Su impresión inicial había evolucionado en un horror indescriptible; comenzaban a disiparse los demonios.

A varios kilómetros de distancia, en las afueras del cabo, los tripulantes del barco pesquero “Democrático” daban gracias al Cielo por haberlos librado de aquellos horribles objetos. Esa misma noche habían atestiguado una horrenda aparición fantasmal en la superficie del agua. Un sonido agudo muy parecido a interferencias de sonido; las brújulas y relojes del barco se detuvieron cuando de repente surgió de entre las abismales fuentes del abismo, los objetos que eran

como amuletos del Demonio. Juraron no decir nada a sus superiores en el Estado Anzoátegui. Esa noche tenían suficiente dinero como para vivir holgadamente durante el resto del año. Sea como sea todo saldría a la luz muy pronto. Aquel rinconcito de la isla atraía muchos turistas en temporadas de vacaciones. Extranjeros que venían de alguna parte de Europa, naturalistas aficionados o habitantes de los estados cercanos; donde el espíritu de aventura se mezclaba con la necesidad irresistible (casi insana), de contemplar la majestuosa maravilla arquitectónica que se elevaba como un palacio antiguo sobre la primitiva tierra de Sinar. Aquella maldita torre de Babel donde los primeros rebeldes humanos, intentaron en vano acceder a las esferas superiores para contactar al Todopoderoso. Pero en los alrededores de la isla, las cuatro pequeñas casitas alejadas del palacio. Apenas humildes

cuadritos donde los habitantes vivían sumidos en la ignorancia, bañados en la superstición y la monotonía. Temían que aquel palacio muy pronto fuera a sacar sus tentáculos, sus ominosas fauces para devorar todo vestigio absoluto de calma, normalidad y quietud que “reinaba” en la isla.